

Como las águilas

*"pero los que esperan en Jehová
tendrán nuevas fuerzas; levantarán
alas como las águilas, correrán,
y no se cansarán; caminarán,
y no se fatigarán..." Isaías 40:31*



Fraternalidad Internacional de Hombres de Negocios
del Evangelio Completo
El Salvador, Centroamérica.



Como las águilas

*"pero los que esperan en Jehová
tendrán nuevas fuerzas; levantarán
alas como las águilas, correrán,
y no se cansarán; caminarán,
y no se fatigarán..." Isaías 40:31*

Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo, FIHNEC.
El Salvador, Centroamérica

© 2004, Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo, FIHNEC.

Derechos Reservados © 2004,
por FIHNEC de El Salvador.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, sin autorización del autor.

PRIMERA EDICIÓN

Impreso en El Salvador.

Edición: Licda. Edith de Portillo
Portada: Guillermo A. Contreras

Esta obra se terminó de imprimir en septiembre de 2004 en
Tecnoimpresos, S.A. de C.V.
19 Av. Norte No. 125, San Salvador, El Salvador.

La edición consta de 500 ejemplares.

Contenido

Presentación	7
La visión	9
Hombres de valor	11
Predica con tu testimonio	13
Visión para tu Iglesia	14
Un regalo de Dios	16
La promesa del Padre	23
Cuidando tus finanzas.....	25
Conquista tu país	28
Las pláticas de mesa	31
El maestro de ceremonias	33
Reuniones de trabajo	34
El gran mandamiento	36
Cumple con tu pacto	38
Ama a tu prójimo	40

Presentación

El presente folleto no pretende ser exhaustivo en cuanto al contenido de los temas tratados. Ni siquiera puede considerarse un manual, por cuanto no señala procedimientos con detalladas especificaciones. Es mas bien un intento inicial para proveer a los capítulos, charlistas y miembros de la Fraternidad, de un conjunto de referencias sobre los puntos tratados en los eventos de capacitación.

En ese sentido, las siguientes páginas abordan los temas de las charlas que se ofrecen en los eventos mencionados, sin pretender con ello cubrir la rica temática que los envuelve y justifica. No debemos olvidar que el éxito de los mismos depende de una buena preparación y de una auténtica comunión con el Espíritu Santo.

Creímos necesario sin embargo, contar con indicativos actualizados sobre los temas específicos de las charlas impartidas en los “Saeles”, a fin de propiciar la unidad en la forma de exponerlos y tratarlos. La dispersión de formas puede causar equívocos y malos entendidos que obstaculicen el propósito de dichas charlas. Debemos ser profundamente cuidadosos cuando se trata de ser vasos propiciatorios del actuar de Dios.

Asimismo, se indican procedimientos de actuación de los capítulos como tales, ya que también en esto necesitamos unidad de propósito y actuación. La Fraternidad es una organización inspirada en un objetivo específico señalado en su mismo nombre: hombres de negocios, que de otra manera jamás conocerían verdaderamente a Cristo Jesús.

Para eso, debemos ajustarnos a lo que signifique facilitar, y no obstaculizar, las probabilidades de que ese hombre de negocios se quede en los capítulos. Por esa razón es que nuestra estrategia debe excluir cualquier rasgo de religiosidad que ahuyente al recién llegado o que le proporcione las excusas que el enemigo le pueda facilitar.

En todo caso, como dijimos al principio, sólo se trata de colocar la primera pieza de una herramienta que necesitamos urgentemente y que, confiamos servirá, con todos sus posibles defectos y omisiones, para impulsar una sistematización y unidad de criterio que ya

necesitamos en la Fraternidad, sobre todo en las actuales circunstancias de crecimiento y expansión.

Quisiéramos declinar cualquier mérito personal en esto que, ni siquiera tiene y no debería tener, el privilegio de reclamar autoría. El verdadero autor es nuestro Padre Celestial, que ha permitido se den las circunstancias adecuadas para que en los tiempos de Él, y no en los nuestros, esto haya sido posible.

Iniciamos pues, una etapa en la que pretendemos darle a la Fraternidad una organización más sistematizada y acorde con su creciente dimensión. Para ello pedimos la bendición de nuestro Dios en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

La visión

En términos empresariales y académicos, la visión no es más que ver lo que queremos realizar en un tiempo determinado. Para eso hay que elaborar una estrategia y un sistema de comprobación.

La visión en la Fraternidad es que hombres de negocios, que por su ocupación y circunstancias están totalmente alejados de Dios, sean conquistados para Cristo mediante una estrategia específicamente diseñada para tal efecto.

Esa estrategia incluye la realización de nuestros eventos en hoteles y restaurantes, por al menos dos razones:

1. Es el lugar donde los hombres de negocios acuden a realizar sus intercambios comerciales, profesionales o empresariales, y
2. Son lugares absolutamente laicos, donde el invitado no se sentirá emocionalmente afectado por el impacto de los órganos y vitrales.

Algunas personas que llegan por primera vez, se sienten realmente incómodas y buscan inclusive un motivo para alejarse y no volver más. Los usos y costumbres religiosos son un magnífico pretexto para ello; por eso debemos cuidar que nuestros eventos sean absolutamente laicos. Tengamos la convicción de que de esta manera servimos mejor a Dios.

Es curioso que algunos miembros de la Fraternidad insistan en parecer piadosos a fin de ser admirados por su entrega. Con tal propósito desarrollan un vocabulario de iglesia y pretenden adoptar prácticas y costumbres impregnadas de religiosidad. Esto no es más que un egoísmo sutil. La forma más efectiva de agradar a nuestro Dios es sirviéndole con entusiasmo y obediencia. Eso significa traer invitados a los capítulos, no forzarlos ni asustarlos; cuidarlos, pastorearlos y mandarlos pronto a un Seminario avanzado de entrenamiento de

líderes (Sael). Allí aprenderán a cantar alabanzas, serán instruidos bíblicamente y tendrán un hermoso encuentro con el Espíritu Santo.

Esta es la estrategia que nos fue entregada y estos los peces que nos mandaron pescar. Nuestra fraternidad es de hombres de negocios, sino sólo se llamaría de hombres del evangelio completo.

Realmente, tenemos el privilegio de haber recibido una misión específica, en la que los objetivos están claramente señalados y la forma de conseguirlos diseñada cuidadosa y puntualmente.

Por eso, cuando digamos la visión en los capítulos, ayudemos al Señor diciéndole a los nuevos miembros que no han venido a una iglesia, que no pretendemos cambiarlos de religión, que somos laicos y que lo único que nos interesa es que resuelvan sus problemas conociendo y relacionándose suficientemente con Jesucristo.

Démosles información para que puedan sentirse seguros y tranquilos; contémosles nuestros testimonios y digámosles que ahora somos la gente más feliz de la Tierra. Esta es una información con propósito, queremos que se queden con nosotros.

“Id y haced discípulos en todas las naciones, enseñándoles lo que yo os he enseñado, y bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos. Amén.”

Hombres de valor

El hombre es la corona de la creación. Le fue concedido el inmenso privilegio de ser creado a imagen y semejanza de Dios. Desde luego la Biblia no se refiere a características físicas, se refiere a ciertos atributos que sólo poseen Dios y el ser humano: la capacidad de amar, la posibilidad de tomar decisiones y la característica esencial de ser eternos.

Hemos hablado de semejanza y no de igualdad. El hombre, si bien fue creado inmortal no fue creado inmutable, por lo tanto, cambió por su propia decisión la inmortalidad por su actual carácter temporal. Hemos dicho que esto es la consecuencia de un acto voluntario realizado por el hombre; pero no hemos afirmado que el resultado haya sido satisfactorio. Lejos de eso, el ser humano ha padecido desde ese momento sufrimientos que lo han llevado a una vida miserable y sin esperanza.

Quedemos claros: el hombre fue creado perfecto y, consecuentemente, inmortal. Él mismo destruyó una obra de Dios y la convirtió en imperfecta. Perdió la inmortalidad y se convirtió en perecedero. Él cayó en el pecado, y la paga del pecado es muerte.

A pesar de la evidente culpabilidad humana, Dios, en su inmensa misericordia, ha querido restaurar el paraíso perdido por el hombre. Ahora bien, Jehová es un Dios de orden. Ha establecido algunas leyes de carácter eterno y de observancia universal y Él es el primero en cumplirlas, no porque no sea omnipotente, sino porque en su lógica divina, Él quiere que todas las cosas tengan su razón de ser y su justificación definida y concreta. Una de esas leyes fundamentales es la que establece proporcionalidad entre lo que se pierde y su restauración a su calidad anterior. El hombre perdió una vida perfecta diseñada para ser vivida en un paraíso terrenal. Para volver a ese estado se tiene que ofrecer, en rescate, otra vida perfecta.

El problema es que el ser humano ha recibido por herencia genética irremediable, el germen del pecado. En consecuencia, absolutamente todos los nacidos de hombre y mujer a través de la historia han estado contaminados.

Es decir, para poder compensar la vida perfecta perdida, había que ofrendar otra vida perfecta en sacrificio, con derramamiento de sangre para que pudiera haber remisión del pecado. En el Antiguo Testamento se exigía que el animal sacrificado en el altar fuera perfecto y con las características necesarias para cubrir, no para perdonar, los pecados cometidos por el

pueblo de Israel. Pero si ya hemos establecido que era imposible encontrar una vida humana perfecta para ser ofrecida en sacrificio compensatorio por toda la humanidad, podemos concluir que el hombre estaba condenado a la oscuridad eterna.

Sin embargo, únicamente por amor y misericordia, Dios estuvo de acuerdo en que su hijo unigénito se hiciera carne y como ser perfecto se inmolará en sacrificio por todos nosotros. Para preservar esa perfección, sería concebido por el Espíritu Santo y nacería de una virgen. Después sería ofrecido en sacrificio y llegaría a ser Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Eso es lo que nos da la salvación. Este es el sacrificio absoluto de Jesús.

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Romanos 5:12

Por cuanto todos pecaron, están destituidos de la gloria de Dios.

Romanos 3: 23

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3: 16

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

Juan 3: 36

Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.

Romanos 10: 9-10

A cualquiera, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi padre que está en los cielos.

Mateo 10: 32

Mas a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.

Juan 1: 12

Predica con tu testimonio

En todos los “Saeles” se nos explica que la Fraternidad no es una iglesia. Sin embargo, también se nos dice que es fundamentalmente evangelizadora, pero como nosotros no hemos estudiado teología, ni se nos ha entrenado para predicar, esta labor se realiza por medio del testimonio. Es pues importante que señalemos algunas características y reglas que deben observarse al momento de dar el testimonio:

1. En primer lugar, el testimonio no es tuyo, sino de nuestro Señor Jesucristo.
2. Que te haya pedido que lo des es un privilegio que siempre debes agradecer.
3. Quien debe salir enaltecido y glorificado es nuestro Señor, no tú.
4. Un testimonio de más de cuarenta minutos se torna aburrido.
5. No menciones en forma específica ninguna organización ni persona.
6. Divide y ordena tu testimonio de la forma siguiente:
 - Tu vida anterior (40%)
 - Cómo encontraste a Cristo (20%)
 - Cómo es tu vida ahora (40%)
7. No es necesario que te ciñas matemáticamente a las proporciones señaladas en el numeral anterior, pero trata de observarlas.
8. No mientas. Lo que no es auténtico es finalmente descubierto.
9. El testimonio tiene por objeto propiciar la aceptación de Cristo y contribuir a la sanidad de los que están sufriendo. Pero el más beneficiado de todos serás siempre tú.
10. Viste adecuadamente y llega temprano. Recuerda que serás testigo de Cristo.

Sobre esto último queremos hacer una observación. Después que aceptamos al Señor como nuestro Salvador, nos convertimos en los ejemplos de lo que puede hacer Jesucristo en las vidas de aquellos que se acogen a su protección. Si nuestro comportamiento es inadecuado estamos propiciando la incredulidad y el descrédito para nuestra fe.

El testimonio más maravilloso de todos es aquel que construimos cotidianamente sobre la base de nuestro comportamiento diario y consistente.

Visión para tu Iglesia

*Una iglesia gloriosa que no tenga
mancha ni arruga, ni cosa semejante
sino que sea santa y sin falta.*

Efesios 5: 27

La palabra *Ekklesia* era usada para designar el sitio de alguna reunión en sentido general. De hecho los primeros cristianos se reunían en las sinagogas judías hasta que el año 90 d.C. se prohibió en las mismas el acceso de todos aquellos que proclamaran la resurrección y el reino de Cristo.

Usualmente utilizamos este vocablo para designar el lugar donde se reúne la congregación para adorar al Señor.

Pero la palabra iglesia tiene otra connotación estrictamente espiritual. Iglesia también quiere decir todo el conjunto de fieles que consideran a Jesús como el único camino para acceder al Padre. Esta es la característica esencial y determinante de la naturaleza de la Iglesia para los cristianos. Sin Cristo nada, con Cristo todo. Él se vuelve la cabeza y el esposo de la Iglesia, y la Iglesia somos nosotros en la medida en que hemos sido adoptados por Dios.

Aun todas las cosas las sometió Dios bajo sus pies y le puso a Él por cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo.

Efesios 1: 22-23

Por eso insistimos en la Fraternidad en la necesidad de que todos sus miembros asistan a su iglesia. Como no somos proselitistas no podemos indicarles a cuál deben asistir. Afirmamos continuamente que somos trasdenominacionales y, por lo tanto, en nuestra organización caben perfectamente todas las denominaciones existentes, siempre y cuando tengan como su fundamento a Cristo, nuestro Señor. La palabra laico nos permite alejarnos de la ceremonia y liturgia, pero no necesariamente de la asistencia a los lugares donde podemos crecer espiritualmente.

El lugar, el edificio que conocemos como iglesia, es apenas una manifestación visible de lo que es la magnífica iglesia destinada a ser la novia del Cordero. Nosotros somos parte de esa novia, por lo tanto debemos respetarla como respetaríamos a la novia de un hermano. No podemos hablar mal de ella. La boda de Cristo será con ella. Y a esa boda tú estarás invitado.

*¡Aleluya! Porque reina el Señor
Nuestro Dios Todopoderoso
gocémonos, alegrémonos y démosle gloria
porque han llegado las bodas del Cordero y su novia
se ha preparado.
Y a ella se le ha concedido
que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente.*

Apocalipsis 19: 6-8

Un regalo de Dios

Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Génesis 2: 18

Cuando Dios dice “no es bueno que el hombre esté solo”, no está sacando una conclusión sobre un resultado no previsto. Dios, en su absoluta sabiduría, pudo establecer esta circunstancia en forma anticipada. Es a nosotros a quienes va dirigido el énfasis para resaltar la necesidad de la conformación matrimonial. Ni el hombre ni la mujer tienen existencia lógica para Dios desde un punto de vista individualista; ambos se complementan y se realizan únicamente como pareja. El hombre solo es un ser incompleto, aún más allá del fenómeno reproductivo. Únicamente acompañado de su complemento puede desarrollarse espiritual, emocional y mentalmente.

Por lo tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

Génesis 2: 24

Como una humorada de pésimo gusto, algunos cínicos afirman que la relación con la mujer es menos significativa que la que se tiene con parientes de sangre: “ni mi pariente es”, afirman. No saben que en cierta forma tienen razón. En efecto, su cónyuge no es su pariente, es más que eso, es carne de su carne y, por lo tanto, deja su rango de relación sanguínea para convertirse en una vivencia, que el apóstol Pablo destaca como un misterio de Dios en su carta a los Efesios. Es, por lo tanto, un misterio sagrado que nosotros no podemos entender cabalmente por nuestras limitaciones, pero que tiene un significado sumamente importante en los planes de Dios.

El dejar al padre y a la madre debe entenderse correctamente. En efecto, Jehová Dios nos ordena en sus mandamientos que honremos a nuestros padres. Lo que se debe entender es que, cuando una pareja decide casarse, es porque ha logrado construir una independencia financiera que le permite la creación de otro hogar que nace y empieza a desarrollarse en todos sus aspectos como una nueva unidad familiar.

Para que ese desarrollo sea completo, el matrimonio debe efectuarse libre de dependencias de todo tipo, incluyendo las emocionales. Es como dejar un nido para construir otro. Más vale que lo hagas tú solo para que ese nuevo nido sea automáticamente tuyo.

Las mujeres estén sometidas a sus maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia.

Efesios 5:22-23

La interpretación de este versículo es delicada en la medida que algunos creen que su aplicabilidad es relativa, sobre todo en los tiempos modernos en los que la igualdad de género y otras teorías irrumpen con fuerza en nuestra sociedad, pretendiendo conceder a las mujeres un papel que no aparece en las Sagradas Escrituras. Esto no significa que la mujer ocupa una posición secundaria, mas bien quiere decir que en el engranaje matrimonial cada uno debe desempeñarse en un papel específico establecido por Dios.

También se ha dicho que el comportamiento del hombre ha generado un debilitamiento en su papel de líder y sacerdote del hogar, que ha propiciado a su vez la exoneración del sometimiento debido. Queremos afirmar que las circunstancias del hombre no pueden cambiar el espíritu de las normas de Dios. Reconocemos la falla y la ausencia de una actitud responsable del hombre en su papel de cabeza de familia, pero es imposible que aceptemos el condicionamiento de las normas de Dios a las circunstancias propiciadas por el ser humano. Dios es inmutable en sus propósitos. Tu relación con Dios es personal. Procura obedecerle.

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella.

Efesios 5: 25

Esto implica una entrega completa en el amor hacia el cónyuge. Si bien la mujer debe obediencia al esposo, éste debe estar dispuesto a sacrificarse por la esposa. Es muy fácil que un hombre, con una actitud enteramente emocional, levante la mano cuando se le pregunta si está dispuesto a dar su vida por su pareja. Pero no se trata de enfrentar un pelotón de fusilamiento, sino mas bien de un hombre cristiano que construye su matrimonio todos los días proveyendo a su casa de sustento, amor y sabiduría. Porque es esta la entrega auténtica, la que se construye cotidianamente con tolerancia, sacrificio y un amor constante que hace realmente de nuestras esposas las coronas que Dios nos regaló en esta vida.

Que el marido cumpla su deber para con su mujer e igualmente la mujer lo cumpla con su marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo, el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

1 Corintios 7: 3-4

Si el marido y la mujer son una sola carne, las implicaciones de este versículo son obvias. En un matrimonio cristiano la relación sexual tiene un significado especial y conlleva una cantidad de propósitos e intenciones preservadoras de la misma institución matrimonial. El matrimonio es la célula tipo de todo el engranaje social; fortalecerla y mantenerla es necesario para conservar un pueblo unido en propósitos, valores y objetivos. El sexo es, en términos reales, el vínculo más eficaz para lograr la comunión de propósito entre un hombre y una mujer. Es en ese momento de intimidad cuando la pareja logra el pináculo de su propia naturaleza y realmente se vuelven una sola carne que es el propósito manifiesto de Dios.

Tomado como un todo, debemos considerar el sexo matrimonial como un auténtico regalo de Dios. Él, en su inmensa sabiduría, estableció el propósito esencial del mismo: la procreación. Pero creer y sostener que ése es el único, es no rendirse ante la evidencia; un matrimonio que tenga una sana y amorosa relación sexual es un matrimonio que tiene muchas más posibilidades de guardar un equilibrio y una sanidad emocional y sentimental que le permita servir mejor a nuestro Señor.

El sexo apropiado es un don de Dios que debemos apreciar y bendecir, pese al enojo de los sepulcros blanqueados. Dios no puede equivocarse en su creación. Es infalible.

Sea en todos honroso el matrimonio, y el lecho matrimonial conservado sin mancha, porque a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.

Hebreos 13: 14

Así como Dios aprecia la santidad de la unión matrimonial, así rechaza su vulneración. En realidad el adulterio es una traición, es faltar a la palabra empeñada, es ser un mentiroso. El adulterio se afirmó en la cultura latinoamericana como una distorsión que la sociedad aceptó por conveniencia y cobardía. Dios nos hizo iguales, lo que es diferente es el rol que cada uno debe desempeñar. El señorío del hombre sobre la mujer se tipifica en la Biblia por el trato amoroso y delicado que éste despliega para su mujer. En la palabra de Dios hay muchos casos en los que este comportamiento es notorio. El matrimonio es una institución santa y como tal tiene que ser respetada; su origen es divino, por lo tanto, faltar a sus reglas es faltarle a Dios. Su elemento más importante es la lealtad. Si no puedes ser leal a tu propia carne, tampoco podrás ser leal a Dios.

Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.

Marcos 11: 25

Es posible que en muchos matrimonios los daños y ofensas causadas haya producido heridas muy profundas. Sin embargo, y a pesar de lo aparente, en la mayoría de los casos el amor no ha muerto; está ahí, escondido en medio de las desavenencias y enojos cotidianos. Es indudable que la rutina de los días modernos, cargados de incertidumbre y violencia, nos va envolviendo poco a poco en un individualismo que también invade la institución matrimonial y va causando su deterioro. Con el tiempo el romanticismo inicial se pierde y es sustituido, en algunos casos, por la descortesía y la desconsideración. Pero esto tiene remedio en la medida que nosotros nos acojamos a las leyes de Dios. Si entendemos que Dios es sobre todo misericordia, y que su hijo vino a morir por todos los pecados cometidos por los seres humanos, con el propósito fundamental de obtener perdón para la humanidad pecadora, entonces comprenderemos que si nosotros solicitamos anhelantes su perdón, sobre todo cuando estamos en dificultades, debemos estar dispuestos a pedir y conceder perdón también nosotros. Es importante que entendamos que la felicidad se construye partiendo del perdón. Dios nos perdonó.

Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte como la muerte es el amor.

Cantar de los Cantares 8: 6

Es probable que cuando elegiste a una mujer para que fuera tu esposa el resto de tu vida, fue porque viste en ella las cualidades necesarias para que fuera tu compañera, además de la madre de tus hijos. Es indudable que en ese momento estabas enamorado y tenías plena conciencia de ese sentimiento. Quiero decirte que ella es la misma, que tal vez su apariencia física ha cambiado, pero su amor por ti sigue intacto; que no lo demuestre como tú quisieras es otra cosa, pero está en tus manos que todo aquello que los unió vuelva a florecer y puedas volver a regocijarte con la mujer de tu juventud.

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.

Proverbios 22: 6

El componente fundamental de esta aseveración es la necesidad de que un niño reciba instrucción para transitar por la vida en una forma conveniente y provechosa. También se consigna la necesidad de que esa instrucción sea recibida en los años de su niñez a fin de que perdure hasta su vejez, y es evidente que esos conocimientos los recibirá de su padre, que será su primer maestro. Esto es lo más importante y conlleva una garantía de educación adecuada. Sin el padre como educador, las instrucciones son dadas y recibidas sin el interés que supone una vinculación directa entre un padre y su hijo.

Y estas palabras yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.

Deuteronomio 6: 6

La mejor forma de enseñar es con la Biblia en la mano. Lamentablemente, los hombres en su soberbia han descalificado el libro sagrado y lo han relegado a ser considerado como un libro de historias fantásticas y leyendas para entretener incautos. Los que sí hemos confrontado el texto sagrado con las realidades universales podemos afirmar con total confianza que en ella está encerrada la sabiduría de Dios. Algunos cristianos bromean afirmando, quizá con un dejo de irreverencia, que la Biblia es el manual del fabricante. En ella están descritas en forma detallada las características exactas de la naturaleza humana, sus debilidades, sus miedos, sus anhelos; pero también la forma de encontrar el rumbo conveniente y las normas que le ayudarán a transitar por la vida de la mano del Creador. Con este manual como libro de texto, las enseñanzas serán necesariamente más productivas y los hijos recibirán las mejores lecciones de su vida. Lo que es necesario facilitar es la existencia de padres con los conocimientos bíblicos suficientes para ser profesores de sus propios hijos.

Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, pues el que no sabe gobernar su propia casa ¿Cómo cuidará de la casa de Dios?.

1 Timoteo 3: 4-5

Y este es el verdadero problema. Porque habría que preguntarse a quién hay que educar: ¿Al hijo o al padre? La cuestión está en que la lección más importante que un padre puede dar a sus hijos es la de su propio testimonio de vida. Un hombre no puede pedir a sus hijos que no tomen o que no fumen si él lo hace. Y estamos hablando de lo más evidente. Deberíamos también hablar de las actitudes, las convicciones y los valores esenciales de un padre de familia. Si durante mucho tiempo tú desatendiste a tus hijos y vienes ahora queriendo arreglar las cosas en forma inmediata, debemos prevenirte de tu posible fracaso: *Así como sembrareis, así cosecharéis.*

Sin embargo, la situación no está perdida, porque en el perdón y en la rectificación está el camino de Dios. Sólo con una auténtica conversión y una nueva forma de encarar la vida podremos ser un fresco e inesperado testimonio para nuestros hijos ¡Y éste puede ser el punto de partida de una nueva relación!

Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su salvador. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Efesios 5: 23-24

Así como no pueden dos cabezas gobernar un mismo cuerpo, también es imposible establecer dos criterios diferentes para la educación de los hijos. El hombre es el responsable de la educación de sus menores y no puede eludir su obligación con argumentos sutiles o rebuscados. Es, sencillamente, su responsabilidad. En el ejercicio de la misma puede pedir la sujeción que la palabra de Dios le concede. También le pedirá cuentas.

Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que Yo venga y hiera la tierra con la maldición.

Malaquías 4: 6

Puedes confiar entonces, que Dios en su misericordia, pondrá en el corazón de los hijos los sentimientos que harán que las cosas sean diferentes, y en ti una renovada intención de encauzar tus caminos en una vida de testimonio que sea ejemplo viviente para tus hijos. Estamos convencidos de que cuando hay un esfuerzo sincero y concentrado en esta batalla de reconquista, Dios interviene con su poder y amor.

Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Génesis 2: 18

Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

Génesis 2: 24

Las mujeres estén sometidas a sus maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia.

Efesios 5: 22-23

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella.

Efesios 5: 25

Que el marido cumpla su deber para con su mujer e igualmente la mujer lo cumpla con su marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo, el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

1 Corintios 7: 3-4

Sea en todos honroso el matrimonio, y el lecho matrimonial conservado sin mancha, porque a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.

Hebreos 13: 4

Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina e instrucción del Señor.

Efesios 6: 4

Sea bendita tu fuente y regocíjate con la mujer de tu juventud, amante cierva y graciosa gacela, que sus senos te satisfagan, su amor te embriague para siempre.

Proverbios 5: 18-19

Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte como la muerte es el amor.

Cantar de los Cantares 8: 6

Instruye al niño en su camino, y aún cuando fuere viejo no se apartará de él.

Proverbios 22: 6

Y estas palabras yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.

Deuteronomio 6: 6

Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, pues el que no sabe gobernar su propia casa ¿Cómo cuidará de la casa de Dios?.

1 Timoteo 3: 4-5

Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su salvador. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Efesios 5: 23-24

“Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que Yo venga y hiera la tierra con la maldición.”

Malaquías 4: 6

La promesa del Padre

Lo que el Padre prometió es darnos el poder para transformarnos interiormente. Es imposible recibir el espíritu de Dios y no experimentar cambios sustanciales en toda nuestra forma de pensar, sentir y reaccionar. Es la investidura diferenciadora de los que hemos aceptado a Cristo integralmente como salvador, señor y conductor total de nuestras vidas. Por esta dedicación se nos concede el poder del Espíritu Santo.

Recibir el Espíritu Santo es, por lo tanto, recibir el poder. No necesariamente en una forma espectacular (como para dejar constancia de que efectivamente se ha recibido), sino más bien en la conversión y en la fuerza de las nuevas actitudes que nos convierten en hombres nuevos con una distinta perspectiva de la vida y de las circunstancias.

La fuerza del Espíritu Santo se manifiesta de tal manera en la restauración de un hombre que lo convierte en testigo del poder de Dios. Toda su vida cambia y las consecuencias de esa transformación se hacen evidentes. Empieza la búsqueda de la santidad.

Muchos suponen que el Espíritu Santo es algo inalcanzable y privilegio de algunos elegidos. Eso no es cierto. Tampoco la santidad significa una vida de restricciones y ascetismo. Si quieres tener el Espíritu de Dios, sólo tienes que pedirselo y Él te lo dará. Recuerda que es una promesa que Él ha hecho y Él nunca ha faltado a una sola.

Después de recibir a Jesús como nuestro salvador y redentor, hemos dado el primer paso en un proceso de regeneración. Experimentamos la necesidad de hacer ciertas cosas que antes no hacíamos y rechazamos, algunas veces casi sin darnos cuenta, otras acciones que antes eran prioridades placenteras.

Esto no nos hace ridículos santulones. Seguimos siendo personas normales y comunes, que desempeñamos nuestro trabajo cotidiano con normalidad. Sólo que una poderosa, imperceptible y formidable fuerza se concentra en nosotros como nuevos hijos de Dios. Esto nos hace templos del Altísimo y herederos de Reino, aunque de momento no lo comprendamos

con exactitud. La santidad, pues, no es más que dejarse tomar por el espíritu de Dios y actuar en consecuencia. No es una cuestión de mística. Más bien es una cuestión de fe y disposición.

En el nombre de Jesús, recibe el Espíritu Santo.

Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí.

Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.

Hechos 1: 4-5

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la Tierra.

Hechos 1: 8

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿Cuánto más vuestro Padre Celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Lucas 11: 13

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

Porque habéis sido comprados por precio, glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

1 Corintios 6: 19- 20

Por sus frutos los conoceréis, ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?

Mateo 7: 16

Cuidando tus finanzas

Cuando los cristianos hablan de finanzas, no difieren en sus enfoques de las demás personas. Tienen los mismos problemas de adquisición y, en general, los mismos problemas de mala distribución. Sólo que en este sentido se aferran a la posibilidad de un milagro.

Deseamos apuntar que sobre este asunto se tienen algunas apreciaciones erróneas. En primer lugar, desear razonablemente el dinero no es ningún pecado. Tampoco lo es aspirar a tener todas las comodidades que con éste pueden comprarse. El versículo de Marcos 10:25: *Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos*, ha sido mal interpretado. No es que Dios prefiera a los pobres en el sentido de que estos actúan más humildemente por su propia condición; es la dependencia que tienen los ricos de los ingresos que obtienen la que los vuelve menos interesados en las cosas espirituales y, consecuentemente, más alejados de obtener la salvación por medio de Cristo, nuestro Señor. De hecho el cristiano debe aspirar a una condición económica holgada que le permita tener una mente concentrada en las cosas de Dios y no distraerse con las preocupaciones propias de la escasez.

Lo que sí debemos señalar es que algunas teorías basan la prosperidad económica en una sucesión de milagros escalonados, en la que el esfuerzo propio queda relegado a una minúscula proporción. Realmente Dios no quiere eso. Cuando en Josué 1: 8 nos manda a esforzarnos y a no desmayar, nos está condicionando su ayuda. Si realmente ponemos todo de nuestra parte en valor, constancia, interés y entrega, Él nos ayudará; de lo contrario, se abstendrá de hacerlo. Esto es bíblico. El que no trabaja, que no coma.

Es realmente impresionante como algunas veces nos llenamos de frases estereotipadas que sólo sirven de adorno a nuestro vocabulario, sin que las mismas tengan una realidad vivencial en nosotros. Afirmamos con frecuencia que todo viene de Dios y que lo que poseemos es realmente del Altísimo. Sin embargo, poco o nada hacemos para administrar correctamente esas posesiones. En muchos eventos he solicitado que levanten la mano las personas con dificultades económicas y el 95% lo ha hecho. Pero cuando pregunto cuántos llevan un presupuesto pormenorizado y lo observan rigurosamente, los que afirman que así lo hacen son significativamente muy pocos. Entonces podemos deducir, lógicamente, que somos indolentes y descuidados para administrar las cosas de Dios.

Repitamos esto: si todo lo que tenemos es de Dios ¿Cómo es posible que no seamos diligentes para utilizar los recursos necesarios para una buena administración, de lo que decimos continuamente que es de Dios?

Ahora bien, la Biblia establece una regla que por su exactitud no deja lugar a dudas: el 10% de todo lo que percibimos debe ser llevado al alfolí. Esto es lo que conocemos como diezmo.

En este aspecto debemos señalar que, contrariamente a lo que se piensa, los cristianos no cumplen esta norma con mucho entusiasmo. Pareciera que este es un tema que abordamos muy pocas veces con seriedad. Ciertamente es un tema sensible, pero de alguna manera también determina el grado de integridad cristiana que profesamos.

Para nadie escapa que el bolsillo representa una de las áreas en las que el ser humano concentra una especie de egoísmo, mezclado con el miedo a perder el sostenimiento vital y el apego innato a lo que creemos que es nuestro por derecho propio.

Sin embargo Dios le pone mucha atención a este asunto. De hecho, en Malaquías 3: 6-12, Él se compromete en una forma directa a derramar bendiciones para quienes cumplan con este mandato, y declara “malditos de toda maldición” para quienes no cumplen. Dios dice “probadme”; pero los realmente probados somos nosotros.

La discutida teoría de la prosperidad podría reducirse, sin tantas complicaciones, al cumplimiento que hacemos sobre el diezmo. Con sólo eso podemos esperar la abundancia financiera que Dios promete. Dios no puede mentir.

En todo caso, es imprescindible dejar sentado algo que por su importancia esencial debe ser propósito y objetivo de todo cristiano: la mayor riqueza posible es la que Dios nos tiene deparada si nos abrigamos en el servicio redentor de Cristo. Esto es lo único que realmente trasciende, lo que va más allá, lo eterno, lo completo, lo significativo. El estar para siempre a la sombra del Altísimo debe ser la última culminación deseada valederamente. Lo demás es perecedero, transferible, temporal e incompleto.

Repetimos: no es malo buscar riquezas en esta tierra, con las comodidades que esto pueda significar; pero teniendo siempre en la mente y en el corazón la búsqueda del reino de Dios.

Por otra parte, no podemos dejar de señalar que la mayor riqueza posible está en el conocimiento y la misericordia. Conocer la palabra de Dios, es en sí mismo, una mina de joyas, y comprender el amor, en su manifestación divina y humana, la mayor garantía de felicidad eterna.

Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume.

Juan 12: 3

Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.

Mateo 19: 24

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes. Porque Jehová tu Dios, estará contigo en dondequiera que vayas.

Josué 1: 9

¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas.

Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado.

Trae todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa. Y probadme ahora en esto, dice Jehová de los Ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Malaquías 3: 8-10

Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Estas cosas os he escrito a vosotros que creáis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el Hijo de Dios.

1 Juan 5: 11-13

Conquista tu país

Porque obedeciste la voz de tu mujer y comiste del árbol que te mandé: no comas de él, sea maldita la tierra por tu causa.

Génesis 3: 17

Los seres humanos hemos desagradado a Dios en innumerables ocasiones. La tierra misma fue maldecida por la desobediencia de la primera pareja humana. De hecho, Dios quiso posteriormente destruir toda la humanidad por la inmensa maldad de los hombres.

Arrasaré de la faz de la tierra los seres que he creado, desde el hombre hasta el ganado, los reptiles y las aves del cielo, porque lamento haberlos hecho.

Génesis 6: 7

Sin embargo, siempre hubo varones justos que intercedieron por la humanidad con sus acciones y actos de adoración. Dios, en su misericordia, perdonó a todos los seres humanos en la persona de Noé, y se comprometió a no establecer más juicios de maldición sobre los hombres.

No volveré jamás a maldecir la tierra por causa del hombre, porque el instinto del corazón del hombre es malo desde su juventud. Tampoco volveré a destruir todo ser viviente como lo he hecho.

Génesis 6: 21

De esto podemos sacar como conclusión que Dios nos ha dado donde comer, fructificarnos y ser satisfechos en todas nuestras necesidades. Nacimos en el lugar exacto en que Él quería que naciéramos.

Algunos, sin embargo, padecen de malinchismo. Una india mexicana llamada “la Malinche”, en tiempo de la conquista se amancebó con Hernán Cortez, el conquistador, sin importarle el sufrimiento, la dignidad y la tristeza de sus compatriotas. Algunos pensamos y obramos de igual manera y vivimos elogiando lo que se hace en otros países y renegando del nuestro.

Hasta pensamos que nuestras “habilidades” se hubieran desarrollado mejor si hubiéramos tenido la suerte de nacer en un país diferente.

Algunas veces criticamos sin misericordia a nuestro pueblo por sus características culturales, sin importarnos la cuota de culpa que tengamos en el asunto.

Si preguntamos a nuestros compatriotas cuáles son las características negativas de nuestro país, ten la seguridad de que mencionarán aspectos en los que la mano del hombre causó destrucción. Si les preguntamos por cosas positivas, ellos mencionarán paisajes, montañas, playas y lugares creados por Dios.

Lo que hay que cambiar para que nuestro país se convierta en una nación consciente de su destino y de su progreso es al ser humano que lo habita; su falta de rectitud, su responsabilidad, su integridad, su razón de vivir, su fe, su esperanza.

Para eso, nosotros los hombres de negocios que estamos más cerca de los sujetos de cambio, debemos tomar conciencia de esta realidad, que en nuestro caso se convierte en una responsabilidad, por cuanto hemos sido escogidos por Dios para activar ese cambio, del cual Él trajo las buenas nuevas:

Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.

Daniel 12: 3

Ninguna persona tiene la oportunidad de participar más activamente en la construcción de una nueva patria como el cristiano. Porque nadie está más consciente de las interminables bendiciones que significa nacer de nuevo, y porque él ha recibido una gran comisión que tiene que cumplir.

Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, ser salvo; más el que no creyere, será condenado.

Marcos 16: 15

Si nosotros nos proponemos pescar con denuedo y esfuerzo, y hacemos de esto un propósito en nuestras vidas, el que obedecemos constantemente, Dios también nos honrará. Nuestra

patria será un lugar de promesas y alegrías, es nuestra tierra, la que Jehová Dios nos dio, a la que debemos decir con dignidad: *Saludemos la patria orgullosos de hijos suyos podernos llamar.*

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro:

Simón, hijo de Jonás ¿Me amas más que estos?,

le respondió: Sí Señor, tú sabes que te amo.

Él le dijo: Apacienta mis corderos.

Volvió a decirle la segunda vez:

Simón, hijo de Jonás ¿Me amas?

Pedro le respondió: Sí Señor, tú sabes que te amo.

Le dijo, pastorea mis ovejas.

Le dijo por tercera vez:

Simón Pedro, hijo de Jonás, ¿Me amas?

Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.

Jesús le dijo: apacienta mis ovejas.

Las pláticas de mesa

Algunas impresiones jamás se borran de nuestra mente, sobre todo cuando en las mismas nos adentramos en lo desconocido. No importa que dichas impresiones se originen en circunstancias propicias para la tranquilidad y el reposo, siempre se manifiestan inquietantes para el que las enfrenta por primera vez.

Este es el caso de las pláticas de mesa. El nuevo miembro llega cohibido e intranquilo. Necesita gestos y actitudes que lo llenen de confianza. Si contempla un conjunto de hombres que sólo hablan entre sí de cosas intrascendentes y triviales, y no le prestan ninguna atención, no sólo perderá el interés, sino que probablemente lo pensará antes de regresar otra vez.

Por eso son tan importantes las pláticas de mesa. En ellas debe haber siempre un coordinador. Éste tiene toda la autoridad en ella, y debe procurar que durante el tiempo señalado para las pláticas, las mismas transcurran con las siguientes características:

1. El coordinador debe dirigir amablemente, pero con autoridad.
2. Todos, incluyendo los invitados, deben presentarse tratando de ser breves en la exposición en la que mencionen su nombre, el nombre de su esposa, cuántos hijos tienen, cuál es su ocupación y dónde trabajan.
3. Después de la presentación individual, el coordinador preguntará si no hay algún pequeño testimonio que quiera compartirse. Si se presenta la oportunidad, el que lo haga deberá hacerlo lo más corto posible y dándole la gloria siempre a nuestro Señor. Si no hay nadie que quiera hacerlo, el coordinador deberá contar el suyo o abordar algún tema referente a la visión.
4. No es conveniente tratar de dar soluciones a los problemas que se planteen en la mesa. Nosotros no estamos preparados para ser consejeros. Dejemos que el testimonio sea escuchado y que el Espíritu Santo actúe.

5. No es conveniente adoptar poses y actitudes cargadas de religiosidad. Tampoco debemos permitir expresiones y frases negativas. Somos hijos bendecidos por Cristo y la gente más feliz de la Tierra.
6. Antes de tomar los alimentos hay que explicar al nuevo miembro que, aunque antes no lo hacíamos, ahora siempre oramos antes de comer para agradecer las bondades de Dios, sin que esto signifique apego a la religiosidad.
7. La alegría y la satisfacción deben ser parte de nuestra forma de ser. Sin embargo, el orden y la templanza deben también ser parte de nuestras reuniones. No se nos olvide que somos testigos vivientes del inmenso poder de Dios.

Como podremos haber notado, las pláticas de mesa tienen una importancia notable en el proceso de restauración de una vida perdida y desorientada. En verdad, su eficacia puede ser la diferencia entre la vida y la muerte; entre el mal, la angustia y la tristeza, y los brazos amables de nuestro Señor Jesucristo.

El maestro de ceremonias

El maestro de ceremonias es el responsable inmediato por los resultados de una sesión capitular. Determina los tiempos y ritmos de la reunión a fin de que ésta inicie y termine con los resultados apetecidos. Se esmera por hacer los arreglos necesarios a fin de propiciar y aplicar las siguientes medidas y circunstancias:

1. Inicia puntualmente la reunión. Si sólo están presentes una o dos personas, hace exactamente lo mismo. El capítulo debe educarse y dar buen ejemplo. No se puede ser impuntual y hombre de negocios al mismo tiempo. Seamos testimonio desde el inicio.
2. Se prepara anticipadamente orando y ayunando, si es posible, y conoce totalmente las partes del programa y los protagonistas del mismo. Trata de no improvisar nada y actúa con la seguridad de quien se sabe bien preparado.
3. Se viste con propiedad. No es necesario que se vista de traje completo, aunque sería lo deseable. Debe recordar, en todo momento, que es la autoridad temporal máxima en la reunión, y que dicho poder debe ser ejercido, si es necesario, con suma amabilidad, pero con firmeza y determinación.
4. No debe permitir nada que no sea laico. Él mismo se cuida de no usar modismos religiosos, ni expresiones que pretendan ser signos de espiritualidad. El hombre de negocios es sobrio y serio, y su relación con Cristo se manifiesta en su testimonio de vida. Sin embargo, jamás olvida que forma parte de la gente más feliz de la Tierra.
5. Controla las intervenciones a fin de que no se vuelvan tediosas y agotadoras. Indica la terminación del tiempo con discreción pero con signos evidentes. Si la visión no es bien dicha, se preocupa por añadir la información que el invitado necesita a fin de que esté suficientemente informado de las características propias de nuestra organización.
6. No permite desviaciones ni desórdenes. Cuida que todos los pasos necesarios sean observados a fin de lograr el éxito buscado. Se reúne con los directivos del capítulo para orar previamente. Se esfuerza por ser amable y amoroso.

Reuniones de trabajo

Las sesiones de trabajo son importantes en la medida que sirven para preparar los eventos de pesca que el capítulo lleva a cabo y tratar asuntos relacionados con la buena marcha del mismo. Este es el propósito esencial y debe cuidarse que se mantenga de esta manera. No siempre, pero sí algunas veces, se han incorporado otras actividades que no son más que signos de una religiosidad reprimida o una forma sutil de disimular la falta de preparación en la temática a tratar.

El resultado de la sesión semanal de pesca del capítulo dependerá de la anticipada programación que se haga. Las asignaciones deberán ser hechas en este momento y deberá señalarse al responsable de comunicarse con los que darán la visión y el testimonio, así como de asegurarse de su presencia en el evento.

Las sesiones de trabajo deben ser analíticas. Es el momento de juzgar los resultados del evento anterior y hacerse algunas preguntas:

- ¿Se empezó a tiempo?
- ¿Había nuevos miembros?
- Si no había ¿Por qué?
- ¿Cómo se desempeñó el maestro de ceremonias?
- ¿Se dijo bien la visión?
- ¿Se organizaron las pláticas de mesa?
- ¿El testimonio fue adecuado?
- ¿Se hizo el llamado?
- ¿Se solicitó contribución?
- ¿Cuántos aceptaron al Señor?

Como habremos comprendido a estas alturas, no es conveniente que personas ajenas a la junta directiva capitular asistan a estas reuniones de trabajo. Lo que aquí se trata no es un secreto, pero debe ser cuidadosamente administrado y manejado con mucho amor y discreción. Para eso fue elegida la junta directiva capitular con la intervención del Espíritu

Santo. Sólo participan en esas reuniones los miembros de la junta directiva o las personas que la misma invite expresamente.

En estas reuniones se tratarán aspectos vitales para la buena marcha del capítulo. Se hablará sobre las gestiones específicas que se han hecho para aumentar los invitados nuevos. Se revisarán los libros de Secretaría para constatar los acuerdos tomados y su respectivo seguimiento. Se analizará el estado de Tesorería a fin de determinar si el capítulo está cumpliendo con sus obligaciones. Se establecerán las políticas de asistencia a “Saeles” y otras actividades. Se hablará sobre los eventos externos programados y se leerá la correspondencia recibida para contestarla y darla a conocer al resto de los miembros del capítulo.

Después de esto habrá que preparar la próxima sesión designando a los coordinadores de mesa y a los demás miembros participantes. Se tratarán asuntos generales y se analizarán actividades futuras.

Finalmente se orará intensamente porque el evento a realizarse sea bendecido por nuestro Señor. Le diremos, en el Espíritu, que rogamos nos mantenga laborando, intensa y ordenadamente, en los propósitos de su reino. Esta es la forma de preparar un evento de excelencia.

El gran mandamiento

El Señor nos da en su palabra todas las indicaciones requeridas para moldear y ajustar nuestra vida a sus deseos. Nos pide que obedezcamos sus mandamientos y ordenanzas todos los días de la vida, como la manera más evidente de mostrar nuestro amor por Él. Esto vuelve necesaria la lectura bíblica a fin de conocer en qué consisten esos mandamientos y ordenanzas que Él ha dictado (Deuteronomio 11: 1).

Cuando los religiosos pretendieron hacer caer a Jesús en contradicciones de la ley, obtuvieron respuestas llenas de sabiduría: *Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo*, la que es una expresión que, sin apartarse de la ley, la simplifica y resume.

Es una afirmación con un alto y perfecto sentido de la síntesis que comprende tres sujetos: Dios, el prójimo y nosotros mismos. Si falta uno de los actores, pierde totalmente su significado, y en este caso el sujeto prójimo es el referido como punto de atención. Notemos, pues, que Dios nos manda que lo amemos a Él mismo, pero también manda que nos amemos a nosotros mismos y, además, que amemos al prójimo como lo amamos a Él y como nos amamos a nosotros mismos.

Dios nos revela hasta la medida de ese amor para hacernos comprender que amar a nuestros semejantes es la esencia fundamental del cristianismo (Mateo 22: 37-40).

En el cumplimiento de la gran comisión, Cristo ha querido que el amor se manifieste más evidentemente entre nosotros. La efectividad en la proclamación del reino de Dios depende de la relación armoniosa que exista entre sus proclamadores, es decir, entre los cristianos que hemos aceptado agradecidos su sacrificio de salvación. Si esa armonía se rompe ponemos en peligro nuestra propia relación con el Señor (Gálatas 5: 14-15).

El énfasis que sobre este particular se hace es evidente en muchos pasajes de la Biblia. El amor es la vinculación que identifica, por excelencia, al auténtico cristiano. Es su sello de pertenencia, por lo tanto, es imposible concebir la existencia de uno que diga amar a Cristo y que no ame a sus semejantes (1 Juan 4:20-21).

Claro que es factible que haya diferencias entre nosotros. Algunas veces nos ofendemos y hacemos juicios temerarios sobre las actuaciones de nuestros hermanos. Puede ser incluso, que tengamos la razón. No importa; tú pide perdón, porque al hacerlo estás vivificando el Espíritu Santo que mora en lo profundo de tu corazón (Marcos 12:25-26).

Recuerda que no todos piensan exactamente como nosotros. Tampoco todos tienen la misma madurez. Tu actitud frente a ellos soportándolos y amándolos reflejará, con exactitud, tu propio grado de crecimiento (Colosenses 3:13).

Lo que Dios quiere de nosotros es conocimiento verdadero para adorarlo en espíritu y en verdad, y misericordia para exteriorizar el amor de Cristo que mora en nuestros corazones; un amor que entiende y aprecia las oportunidades que Dios nos da para ayudar a solventar las necesidades de nuestros hermanos en la medida de lo justo y razonable (1 Juan 3: 17-18).

Cuando aceptamos a Jesús como nuestro salvador, se produce el milagro del nuevo nacimiento. Somos nuevas criaturas impregnadas del poder del Espíritu Santo. Consecuentemente, empezamos a actuar de forma diferente. Sabemos de Dios con alegría porque sentimos los cambios que se van efectuando paulatinamente en nuestras vidas. El más significativo es el sentimiento de bondad y desprendimiento que nos inunda. Entonces entendemos que hemos conocido a Dios, porque Dios es amor (1 Juan 4: 7-8).

Cumple con tu pacto

Celebrar un pacto tenía distintas connotaciones para el pueblo hebreo. Podía celebrarse sin mayores requisitos, y generalmente era de carácter mercantil. A esta clase de acuerdos se le conocía con el nombre de *Berit*. Sin embargo, existía otra clase de convenio que estaba revestido de una especial solemnidad y cuya inobservancia acarrearía deshonra y, en algunos casos, la muerte para aquella de las partes que no cumplía con lo pactado. A esta especie de acuerdos solemnes se les conocía con el nombre de *Shevuah*.

Todos los pactos de Dios son de carácter especial y trascendental. Consecuentemente, sólo pueden agruparse con los de esta última clase.

El primer pacto de Dios con los hombres se dio en el paraíso, cuando Jehová entregó a Adán y Eva el dominio de todo lo existente, a condición de que no comieran el fruto prohibido. Todos sabemos el resultado y las consecuencias de lo sucedido.

Tiempo después, Dios realizó un pacto con Abram, en el que se estipularon claramente los términos de este acuerdo (Génesis 12: 1-3).

Ya aquí, encontramos el germen de la desobediencia, por cuanto Abram se llevó a sus parientes y no fue bendecido sino hasta que Lot, su sobrino, se alejó de él.

Posteriormente, Dios celebró un convenio con Moisés, que es conocido como el pacto de la alianza o pacto sinaítico, en el cual Dios da a conocer su nombre a todo el pueblo de Israel y les promete que serán un pueblo de sacerdotes y gente santa. El pueblo acepta las condiciones y recibe los diez mandamientos. Jehová les afirma que serán su especial tesoro sobre todos los pueblos, pero les advierte que deben dar oído a su voz y guardar su pacto (Éxodo 19: 5).

Aquel pueblo de dura cerviz no obedeció ni quiso oír la voz de Dios. Adoró a becerros de oro y fue condenado a vagar por el desierto durante cuarenta años, mientras se agotaba toda una generación. Después, Dios celebró pacto con Josué. Más tarde lo hizo con Jeroboán, que también esculpió ídolos para adorarlos y no cumplió con lo pactado.

Hemos dejado fuera de consecuencia a David, por el carácter especial que tuvo el pacto realizado por él con Jehová. David se convierte en el primer atisbo concreto de la redención del hombre. Él mismo representa a toda la humanidad que insiste en su maldad a través del pecado reiterativo. Es, sin embargo, el triunfo de la adoración y el arrepentimiento. Es más, Jehová lo convierte en el tronco generacional del redentor, en la simiente del Cordero (2 Samuel 7:12).

Más tarde, se tipifica con más definición la promesa del rescate cuando se anuncia la certeza de una descendencia que apartará el mal y propiciará el reencuentro definitivo del hombre con su creador (Jeremías 31: 31).

Este es el nuevo pacto de la alianza. La perfección de la ley por medio del único recurso posible: la sangre expiatoria de Jesús (Lucas 22:20).

Permanecer en este nuevo y definitivo pacto debe ser el anhelo más sentido de todo cristiano fiel. Dios nos ha dado una nueva oportunidad para lograr una relación eterna y gloriosa con él. Una renovada intimidad con Jehová a través de Cristo, quien nos dará el premio de ser exaltados e invitados a la mesa gloriosa de Nuestro Señor (Lucas 22: 28-30).

Ama a tu prójimo

Cuando los discípulos preguntaron a nuestro Señor sobre cuáles de todos los mandamientos eran los más importantes, Jesús les respondió de esta manera: *amarás a Jehová tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente*. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.

Estas palabras, que aparecen en Mateo, reflejan y consignan la esencia del cristianismo. Se configuran en una especie de triángulo donde a cada lado corresponde una determinada identidad: el Dios Altísimo, mi prójimo y yo.

El ingrediente vinculatorio es el amor: amar a Dios Todopoderoso con todo lo que somos; con nuestra mente, con nuestro corazón, con nuestra alma, con todo lo que en nosotros representa vida. Esto debe traducirse en una adoración real, verdadera y permanente.

Pero esto no es todo. Dios quiere también que nos amemos a nosotros mismos. El que seamos templos del Espíritu Santo requiere una actitud diferente. Ahora vivimos una vida con propósito y misión, buscando el conocimiento verdadero y la misericordia vivencial. Tenemos que haber aprendido a perdonarnos para poder perdonar a los demás. Tenemos que haber aprendido a ser felices dentro de nuestra plena identidad como hijos de Dios.

El tercer elemento es el prójimo. Y aquí es donde se presentan las dificultades. Se ha dicho que el hombre es egoísta. Lo que se quiere decir en realidad es que su naturaleza pecaminosa heredada lo aleja de su semejanza divina y lo acerca a su animalidad. De esta manera el ser humano reacciona casi por instinto en una forma belicosa. Rechaza, arremete, se posesiona, se atrinchera en su reducto de pequeñas tonterías cotidianas, rechazando cualquier manifestación que implique ceder espacio o preeminencia. Vivimos en un mundo de hipocresía y mentira muy parecido a la ley de la selva.

Pero es aquí donde resalta el rango esencial del cristiano: su desprendimiento, su entrega, su amor por el prójimo. Sin este amor el cristiano se vuelve un cofre vacío, sin contenido y

sin tesoro. Es más, cabría preguntarnos: ¿Puede alguien ser cristiano sin amar auténticamente a su prójimo?

¿Quién es nuestro prójimo?

Es todo aquel nacido de hombre y mujer que en virtud de su naturaleza humana está condenado al fuego eterno; pero que por medio de un inmenso acto de amor puede obtener la salvación.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3:16

Todos, pues, por los que Dios sacrificó a su hijo, son nuestros prójimos. Nosotros no podemos amar a Dios sin amar a todos aquellos por los cuales Él entregó a su hijo en sacrificio. Sería ilógico e inconsecuente.

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿Cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?

1 Juan 4: 20

Si consideramos que nuestra salvación reside en el conocimiento y aceptación del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, la mejor prueba de amor para nuestros semejantes es presentarles e instruirles sobre esta maravillosa oportunidad: la redención por gracia.

Siempre hemos sostenido que la salvación no se obtiene ritualmente con la pronunciación de frases que mágicamente conceden este privilegio. Si creemos que la simple aceptación puede convertirse en el inicio de un renacer, en el que el recién convertido se transforma y vuelve a nacer en Cristo, se convierte en un verdadero templo del Espíritu Santo, se arrepiente auténticamente, desarrolla una profunda fe en la resurrección de Jesucristo y se compromete en el plan de Dios para la salvación de la humanidad.

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Juan 3: 3

Esto significa que si afirmamos amar a Dios, es amando a nuestros semejantes como cumplimos con lo establecido por Cristo. También significa que la mejor muestra de amor radica en brindarle a una persona la oportunidad de obtener la salvación eterna. Y al cumplir los propósitos de Jesús, también nos estamos amando a nosotros mismos.

Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres.

Mateo 4: 19-20

Un cristiano no puede dejar de trabajar en el sentido que nuestro Señor dejó establecido. Dios, en su total poder, puede perfectamente convertir de un solo golpe a toda la humanidad. Pero ése no es su plan.

Él quiere que nosotros nos ocupemos del trabajo de buscar y convertir a todos los necesitados. No es, en todo caso, una súplica o una sugerencia. Es un mandato para todos aquellos que apreciamos en toda su dimensión el sacrificio de amor que Dios nos regaló, al mandar a su hijo a morir por nosotros.

Por tanto, id y hacer discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Mateo 28: 19-20

Amarás, pues, a Jehová tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos todos los días de tu vida.

Deuteronomio 11: 1

Toda escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.

2 Timoteo 3: 16

Orad sin cesar. Dad gracias por todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.

1 Tesalonicenses 5: 17-18

Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dadas a vuestros hijos ¿Cuánto más vuestro Padre Celestial dará el Espíritu Santo a quien se lo pida?

Lucas 11: 13

No juzguéis para que no seáis juzgado, porque con el juicio que juzgáis seréis juzgados, y con la medida que medís, os será medido.

Mateo 7: 1-2

Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría y no quejándose, porque esto no es provechoso.

Hechos 13: 17

No dejando de congregarse como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más cuando aquel día se acerca.

Hebreos 10: 25

Id y aprended lo que significa misericordia quiero y no sacrificio, porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

Mateo 9: 13



Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios
del Evangelio Completo
El Salvador, Centroamérica.